

LA PELOTA (1)

Autor: MATÍAS GONZÁLEZ

A la memoria de mis padres

A mí padre no le interesaba el fútbol, pero después del '86 había empezado con eso de que Borges y Maradona se parecían.

Yo tenía una maestra odiosa a la que le gustaba preguntar qué habíamos cenado, o a dónde habíamos ido de vacaciones. Nosotros nunca íbamos de vacaciones y casi siempre comíamos pizza. Inventarme un menú variado me resultaba mucho más fácil que inventarme Mar del Plata o alguna ciudad de la costa Uruguaya.

Mi padre pasaba diariamente a buscarme por la escuela. Un día, mientras me desprendía del grupo, vi que hablaba con la maestra.

Volvimos en silencio hasta que se desentendió de la colilla con un gesto contenido y dijo, sin ninguna introducción, que comíamos pizza porque mamá era una mujer joven y activa, no una mantenida con vida de delantal y ensaladas. Que esa noche él podía hacer huevos fritos y que el mar era un invento de las postales... a fin de cuentas, el río era mucho más lindo. Yo no soportaba que dijera ese tipo de frases y me crucé de vereda; pero antes le dije que el abuelo tenía razón, que era un *revirado*. Vio la posibilidad de socratearme. Me preguntó que qué era un *revirado*. Tartamudeé en la definición y, al fin –habrá sido su parecido con *revés*–, grité: *el que da vuelta todo*.

Esa noche mí padre trazó con el cuchillo una curva sonriente; dos aceitunas –los ojos– y dos rodajas de tomates –las orejas– completaron el ícono. Yo me emperré en mi seriedad insobornable. Mi madre fingió desprolijidad al cortar las porciones y desplazó en mi favor la muzarella.

Durante los días que siguieron mi padre fue puntual a buscarme y, en la primera esquina, yo me cruzaba de vereda. Él se limitaba a custodiarme de reojo y se detenía en alguna vidriera si yo me ataba los cordones.

El domingo a la noche me avisó que me pusiera decente, que íbamos a ir a un restaurante. Mi madre debió de estar advertida, porque se apareció alta en sus tacos mientras trataba de pescarse el lóbulo con el anzuelo de un aro.

Busqué en el menú las resonancias más sugestivas. Mi madre también tardó en decidirse, como si estudiase una partitura. Papá se contentaba con los grisines de la bandeja y, cuando el mozo lo miró, pidió dos porciones de pizza. Mi madre le regaló esa mirada de censura y admiración que yo celaba tanto. No me acuerdo qué comí ese día, me acuerdo de un sabor a culpa que se me fue cuando de postre pedí helado.

A la mañana siguiente la maestra se olvidó de preguntarnos sobre la cena. Me sentí estafado y enseguida ese alivio, como el de los espíritus sedentarios cuando se les frustra un viaje.

Mientras bajaban la bandera podía ver a mi padre enmarcado entre las rejas del patio. Entreví que ese hombre era un extraño y esta vez, al llegar la esquina, preferí caminar a su lado. Yo tampoco era bueno en los rodeos y enseguida le pregunté por qué no iba a la iglesia, por qué nunca hacía asados o jugaba al truco y cuántas marcas de autos conocía. Respondió con sinceridad y paciencia. Acepté sus respuestas como un fiscal tolerante... Al fin, saqué el as: Le pregunté por qué no miraba los partidos de Argentina. Acá esperaba un silencio incriminatorio o, cuanto menos, que se confesara espía, nativo de algún país que no hubiera clasificado; pero también me aterrorizaba la idea de saberle algún pecado monstruoso. En cambio, sin inmutarse y con un encogimiento que ablandó sus palabras, me contestó que ya había gente ocupándose de eso. Lo habré mirado con incompreensión. Me puso en el hombro una mano que se pretendía sabia y dijo que cualquiera tenía el derecho de elegir sus propios intereses. Entonó *propios* como si ahora fuera yo el vende-alma. Pero, dijo, adoptando un aire cariñoso y despreocupado, que, si así lo prefería, podíamos ver juntos algún partido...

(Yo miraba los partidos en lo de mi abuelo, en un veintiocho pulgadas, rodeado de tíos y primos festivos. Él había pasado a buscarme una tarde: suficiente para avergonzarme de que no gritara los goles. No tenía ni un poquito de ganas de cambiar el entorno de la hinchada.)

Le contesté que me encantaría que viéramos juntos el próximo partido contra Inglaterra.

Mi madre estaba feliz y nos preparó unos buñuelos principiantes y un poco horribles. Teníamos un televisor chiquito pero trajimos los sillones del living para que todo pareciera un cine.

No empezamos el mate hasta que empezó el primer tiempo.

Mi padre no parecía aburrido y cuando yo grité el primer gol, sonrió con alegría.

Entonces llegó el segundo. A medida que la jugada evolucionaba, mi padre se inclinaba hacia delante. No vi en qué momento se paró. Estaba mudo, pero cuando lo abracé —sin parar de gritar como un desaforado—, me restregó la espalda, como si me agradeciera el momento.

Entonces mi madre tuvo un golpe de inspiración y corrió hacía el cuarto. Volvió con la cámara de fotos. Se apostó frente al televisor y apuntó a conciencia. El partido ya había recommenzado.

—Pueden ponerse —dijo, y nos encuadró con la mano libre.

Mi padre y yo salimos perfectamente nítidos, pero, por efecto de la luz, no se distingue el interior de la pantalla.

De todas formas nadie duda, cuando nuestro la foto, que ahí, dentro de esas catorce pulgadas, Argentina juega en vivo contra Inglaterra para siempre.

.....

Desde entonces empezó a hacer esa comparación entre Borges y Maradona.

Muchos años después me encontré al Tingo. Que su amigo fiel –y ajedrecista rival– se apodara “Tingo” arruina el relato, pero así es como le decían.

–Tu padre caminaba igualito –dijo, y fuimos a tomar una cerveza helada. Simulamos interés actual. Le solté mi vida en cuatro párrafos, la suya entró en dos.

Quise instalarlo en el pasado.

–¿En qué se parecen Borges y Maradona? –dije.

El efecto fue inmediato. Soltó una risa y la nostalgia le exaltó los ojos.

–¿Cómo te podés acordar de eso? –dijo. Le inclinó el vaso para que me sirviera sin espuma.

–Borges había absorbido mucha literatura inglesa –empezó. El fútbol también había venido de Europa. Los colegios ingleses lo habían traído hacía mucho tiempo. Maradona había terminado por hacer lo mismo que el viejo: les había devuelto lo suyo, corregido y aumentado.

–No me acordaba de que papá fuera un tipo nacionalista –dije.

–No en teoría... Pero le gustaba hablar de esos dos y decir que nos redimieron de la mediocridad. Si estaba en pedo agregaba al Che, para chicanearme. No confundas inspiración con asma, le contestaba yo. Un genio moral, respondía él, sin siquiera mirarme. Así conformaba su triada heroica.

–No sabía que mi viejo tomara.

–¿Tu viejo? No me jodas. Vivía en pedo.

Pero volvamos a los tiempos de los que mi memoria extrae esa densidad exacta, mitad mito, mitad vapor.

Yo nunca había visto jugar a Borges. Del Che, papá me había contado algo y así bauticé al único de los soldaditos que se podía mantener en pie. Esa colección había venido fallada. Así y todo, me las arreglaba para rescatar –cuerpo tierra– una mancha de humedad que había en el piso de la cocina. La mancha de Malvinas.

ATC había empezado a transmitir las discusiones sobre la ley de divorcio. Mi madre aprovechó algunos de los argumentos de los senadores progresistas. Nos unimos para toda la vida, dijo, pero sin amor somos dos extraños. *Somos otros*, repetía.

En el congreso seguían discutiendo, pero en casa sesionaron antes.

Mi padre se mudó a un pequeño departamento y ya no le quedaba cómodo pasar a buscarme.

El día de mi cumpleaños se olvidó de llamar. Según mi madre, la culpa la tenían los libros. También decía no sé qué de las putas, pero esto lo tenía que oír escondido, cuando nos visitaba mi tía. Hacia el final de la noche, cuando el llamado era improbable, mamá rabió una de sus puteadas encarnadas y dijo que nunca se volvería a casar con un hombre que leyera libros. Se frenó en seco. No había previsto el terrible efecto de esas palabras. Corrió a abrazarme pero terminó por empujar el puñal: explicó que tarde o temprano tendría que rehacer su vida. Dijo así, *rehacer mi vida*. Me apretujó otro poco... para contenerme –o para no mirarme. Yo esperaba que me soltara para ir a llorar a mi cuarto.

La tarde siguiente volvía de la escuela cuando papá se apareció en la esquina. El moño de la bolsa se repetía en su sonrisa. Que perdonara la demora, pero que había tenido que encargarla en Buenos Aires, porque en la sucursal de Concordia no tenían lo que andaba buscando.

Unos días después, a la salida de la escuela, volví a casa con todos mis compañeros. El gordo Nóblega y Garabau habían faltado y su ausencia me había preocupado durante las clases, pero cuando llegábamos vimos al gordo y al padre estacionados en la puerta. Mamá desesperó al ver tantos invitados y corrió a la panadería.

Muchas veces mamá contó esa tarde. Dice que la llamó Nora, la mamá de Pablo Garabau. Eran conocidas del barrio.

–Lili –le dijo–, haceme un favor, negra. Pablito acá no para de hacerme escándalo. Alguien le metió en la cabeza que iban a ir todos a tu casa. Está con fiebre y dice que van a ver la pelota, la que Maradona hizo el gol. Hablá con él y decile que es todo mentira.

–Es que no es mentira –dijo mamá, y se reía cada vez que recordaba lo calladita que se había quedado Nora.

No era la misma pero era la misma. Una *Jalisco*, la pelota oficial del mundial '86, una esfera platónica, ceñida en cuerina flamante. Si uno se ponía a hacer jueguitos –y no era un tronco– te palpitaba un pequeño cerebro en el tobillo... un cerebro calculador pero cariñoso...

En casa no teníamos buen patio. Había que esperar el fin de semana para verla feliz, como un perro liberado.

Ese año me invitaron a todos los cumpleaños. Los partidos eran más peleados y, si alguien tenía la suerte de hacer un gol, lo gritaba con más ganas.

Después de cada jornada la untaba con cera y le sacaba lustre con una vieja bufanda de lana.

En la escuela se acercaban los más grandes, pero yo sabía de sus intenciones falsas.

Una tarde, en la esquina de Brown y Alem, me paró un grupo de chicos que yo no conocía. Me preguntaron si podían verla. Esa fue mi primera experiencia de la fama, pero también de la paranoia. Veía conspiraciones en todas partes. Robo, secuestro, extorsión, bombarderos ingleses en busca de venganza.

Mi padre murió en primavera. No fue un accidente, tampoco un paro. No cáncer: la causa es otra historia, propia de otoños. Besé la pelota como a una especie de hostia maciza y colectiva. La envolví en sucesivas mantas ceremoniosas y la enluté en el fondo del placard.

Dejé de llevarla por ahí y enseguida surgieron rumores. Algunos decían que se la habíamos

vendido a Michael Jackson, otros, que jamás había existido. Mamá solía decir –un poco en broma y un poco cansada– que tendríamos que comprar una caja fuerte.

.....

Pasó un año, llegó el verano y llegó un domingo. Hacía uno de esos calores que ponen en duda la continuidad de la especie. Mamá se apareció con la noticia de que un amigo la había invitado a la Tortuga Alegre y que tenía dos sobrinos de mi edad. Habrá descubierto algo en mis ojos porque enseguida aclaró que tenía derecho a tener un amigo y que aprontara mis cosas.

–Ya es tiempo de que desentierres esa pelota –dijo, con todo el mal gusto de ese verbo.

Contesté que no, que la pelota no, pero cuando íbamos en el auto dijo que la había puesto en el baúl, por si cambiaba de idea.

La playa *La tortuga alegre* queda a unos 25 kilómetros al norte de la ciudad. La represa de Salto Grande forma un callejón antinatural donde se apresan los cardúmenes que remontan la corriente. Esta ventaja congrega a cientos de depredadores con gorritas de béisbol y conservadoras. Devotos del engaño –reemplazan la belleza de una lanza hambrienta por el anzuelo artero afilado con monóculo–, no pueden ver el cauce del río (nuestra mejor metáfora disponible) sin extirparle sus frutos.

Llegamos a *La tortuga alegre*.

Estacionamos bajo un sauce, cargamos las sillitas, un canasto, y caminamos hacia la orilla.

–Ahí están –dijo mamá, y señaló a tres infelices que se concentraban en las boyas de sus mojarreros.

–¡Federico! –gritó, con una entonación que nunca había usado conmigo. El adulto correteó en nuestra ayuda, traía la sonrisa más idiota que vi en mi vida. Se apretujaron en un abrazo celebratorio.

–Te presento a Matías –dijo mamá, como si pretendiera que les arrojase una lluvia de arroz.

No voy a decir que me quise morir: ese es un sentimiento ordinario que va y vuelve. Tuve la necesidad de gritar ¡Corten! ¡Corten! con toda mis fuerzas, como un director desencajado.

Federico me tocó el pelo. Traté de sonreír... sentía la cara de cera.

Cuando empezó con el fuego del asado, trató de explicarme la mejor arquitectura de la pira. Paréntesis: cualquiera sea la reacción entre dos elementos, será mayor cuanto mayor sea la superficie de contacto. Esa inducción está al alcance de un niño. Bien: Federico se empecinaba en revelarme que primero iban las maderitas más finas.

Mamá me propuso que fuera a inspeccionar un poco. Cuando volví le pasaba a Federico bronceador por la espalda. Apenas me vio, cambió sus caricias untuosas por dos repasadas desganadas y definitivas.

Me hubiera gustado que una yarará me mordiera en la ingle, moriría camino al hospital. Federico

conduciría con torpeza, timorato en la velocidad de la emergencia. Mamá me regaría la frente con su llano. Yo le alcanzaría a decir que fue una buena madre, pero que se me estaban hinchando los huevos de veneno.

Me duele reconocer que el asado estuvo riquísimo. Además, había Coca-cola.

Jueguen un rato al fútbol, dijo mamá. Y me clavó un brillo de negociación en la mirada.

Pelamos dos ramas largas para hacer un arco. Conté ocho pasos y tracé la línea de los penales. Uno contra uno, al mejor de tres, el ganador quedaba. A los sobrinos los despaché en un trámite; tiré a colocar, como palabras justas.

Me tocaba patearle el primer penal a Federico. Cometí el error de hacer un pequeño promontorio de arena o tomé demasiada carrera. No lo sé. Le pegué con las tripas. Salió directo y fuerte a las nubes... para el lado del río.

La pelota ya había probado el agua de la orilla en algún desvío, pero ahora se había internado lo suficiente como para que mi madre enloqueciera si me arriesgaba a buscarla.

Lo primero que pensé es que había errado el primero de la serie y, encima, creaba la ocasión para que Federico se hiciera el héroe; de hecho, ya había empezado a vadear la orilla camino de lo profundo. Mamá, que había estado tomando sol de espaldas, llegaba al trotecito con sus advertencias y, como no había tenido tiempo de ajustarse el corpiño, se cruzaba un brazo sobre el pecho –en la otra mano tenía un cigarrillo.

Recapitulo. Estaba en la Tortuga Alegre, acababa de hacer un papelón futbolístico, los sobrinos de Federico sonreían sin disimulo –como cualquier niño frente a una desgracia ajena. Mi máspreciado tesoro, que ahora recobraba su símbolo de cenotafio paterno, flotaba a treinta metros de la orilla... Como si fuera poco, mi madre aparece sosteniéndose las tetas mientras mi rival se clava un chapuzón con alarde atlético.

Los vecinos de playa se acercaban como si hubiéramos avistado ballenas. Federico no sabía mirar mientras nadaba. Daba unas brazadas sin estilo y hacía un alto para orientarse. Ahora había empezado a mirar hacia atrás, como quien calcula el combustible. La pelota se acunó muy cómoda en la corriente. No le quedó otra que emprender la vuelta.

Resollaba con exageración, para que no pensásemos que se guardó esfuerzo. Los pescadores tejían una red de comentarios y adhesiones. Habíamos empezamos a acompañar el trayecto de la pelota a lo largo de la orilla.

Me acordé de cuando caminábamos por veredas opuestas y me puse a llorar. Un llanto privado, sin reclamo.

–Hay que hacer algo –dijo mamá.

–Cálmese, señora, es una pelota –dijo alguien.

–La pelota de Maradona... ¡Imbécil!

Hubo un rumoreo entre escéptico y asombrado.

–Claro, la pelota... la del gol a los ingleses –dijo otro, como si prendiera una mecha.

Ya habíamos hecho cuatrocientos metros. El grupo se ensanchaba con el barrer de la playa.

—¿Quién es el chico? —preguntó una vieja; a duras penas podía seguirnos.

—El ángel de la pelota —contestó uno, relamiéndose en la vanidad periodística de acuñar una frase.

Quedaban unos doscientos metros de playa antes de que empezara un bosque barrancoso, alguien propuso buscar los autos y esperar más adelante. Cundió la idea de que fuera en el parque San Carlos. Otro propuso que llamáramos a prefectura. Recordé el odio de mi padre por cualquier fuerza del orden y grité que no. Mi madre se encargó de amplificar mi negativa, ella tenía una mejor garganta. Sentí su apoyo, fue liberador, como vomitar criptonita.

—¡Nada de prefectura, esta es una causa del pueblo! —gritó alguien, que parecía en pedo, pero solo era rengo y estaba entusiasmado.

—¡Argentina! ¡Argentina! —hubo un conato de coro que se ahogó en los esfuerzos de la marcha.

Empezaba el bosque. La mitad del alud humano se desvió hacia sus autos. Yo ya había empezado a rasguñarme entre ramas. Se oyó una caravana desordenada, los motores y las bocinas se contagiaban como ladridos.

De a ratos podíamos ver la pelota, flotaba en un sosiego ajeno, como un cisne recogido. Algunos pescadores no habían tenido tiempo a dejar sus cañas y habían empezado a rezagarse en una lucha de palitos chinos con las ramas. Uno barbudo se desprendió de la suya, los demás lo imitaron. Cambié mi opinión. Un pescador es un hombre vacante que espera al mesías.

A mi lado, un viejo había alzado a un niño exhausto, quizás su nieto. Le explicaba que la pelota había viajado desde México, que había trezando los ríos de América del sur para saludar a su gente.

Se adelantó un joven con anteojos.

—¿Y cómo atravesó la represa? —le exigió al viejo, con tonito ateo.

—Por la compuerta principal —contestó el niño; ni se dignó a mirarlo.

—Por la compuerta principal —ratificó el viejo.

Mamá iba descalza y se ensartaba de todo en la pata. Y puteaba, pero no era quejumbre, sonaba como una arenga: *Mierda, Carajo*. Había adquirido un andar de amazona que me enorgullecía; Federico la seguía un poco zalamero.

La caminata duró unas tres horas.

Desembocamos en el parque San Carlos: los hombres de Cortés frente a Tenochtitlán. Estaba repleto, el grito concertado de cientos hacía olas en el aire: olé olé olé olé. La pelota, como un moisés sumiso, surcaba las aguas oscuras. La multitud se enardecía.

Mi madre me dio la mano. Nos abrieron paso hasta la orilla.

La vimos alejarse en el anochecer del río, hacia la luna, como una hija que vuelve al regazo.

(1) "**La pelota**" obtuvo el primer premio en el *X certamen Enrique Orizaola*, España, junio de 2009. Fallo rectificado y declarado desierto por una desinteligencia en las bases. Leer los descargos del autor en: <http://www.minuto90.com>

Por esos mismos días obtuvo el tercer premio en el I Concurso Nacional de Cuentos "Roberto Santoro" (organizado por la Secretaría de Deportes de la Nación con jurado presidido por Juan Sasurain). Fue editado en la antología "De Diez", Ediciones Al Arco, Buenos Aires, 2009.